

MARZO

Ha vuelto el problema de la Belleza, pues ya es Marzo.
¿Me has resuelto?, ha preguntado.

Sí, estoy más cerca de saber menos.

Cuando el hielo nazca de un vientre de mujer,
vuélveme a preguntar.

1. El día que se mueran mis padres

Busco a un hombre con el que poder follarse

□ el día que se muera mi madre.

Y busco a un hombre con el que poder follarse

□ el día que se muera mi padre.

Por muy vieja que yo sea ese día,

por muy repugnante que resulte mi cuerpo,

decirle, ha muerto mi madre, fóllame,

ha muerto mi padre, fóllame.

Y follarse al mismo tiempo que los cadáveres se enfrían
y da comienzo el imparable proceso de la descomposición.

No podré soportar esos dos días

□ si un hombre no se corre dentro de mí

y escupe sobre mi vagina de hija única,

y sobre mi ano de hija única.

Cuando mueran mis padres

ni siquiera serviré ya para que me estrangulen.

Hasta ese punto me habré vuelto yo también vieja.

2. Ted Bundy

Si os hablara de los celos que he sentido
mirando las fotos de todas esas jóvenes

a las que asesinó Ted Bundy.

Cuánto me hubiera gustado ser tan hermosa como ellas.

Pasar por delante de Ted Bundy,

y que Ted Bundy se fijara en mí,

en mis pezones, en mi culo, en mi boca,

y sentir que quiere rajarme a causa de mi belleza

como quien desea rajar una virgen de Leonardo,

despertar en él eso mismo,

lo mismo que una virgen de Leonardo.

Y convertirme en objeto,

solamente en objeto,

en objeto del problema de la Belleza,

en el mismísimo objeto del problema de la Belleza

hasta arrojar a un hombre en los brazos del crimen

para desnudar lo que la represión esconde.

Si os hablara del dolor que me causa

no conseguir despertar el apetito del asesino,

no atormentarle con mis pechos puntiagudos

□ al entrar en la habitación,

no endurecerle el puño y el sexo

con la promesa del coño dulce y rosado de mi cadáver.

Ojalá las marcas de los dientes en mi cuerpo

coincidieran con las marcas de sus dientes,

y poder decir, sí, yo soy la elegida por Ted Bundy.

Soy joven y bella,

y peligrosa y destructora.

Soy el objeto sublime de la sublime transgresión.

Soy el centro del problema de la Belleza.

Soy la embriaguez del asesino

que el pupitre de la razón no puede soportar.
 Allí donde los justos descubren lo que la ley les impide.
 Allí donde los justos descubren sus pasiones.
 Ted Bundy os enseñará todo
 aquello que la represión os niega,
 y os libraré con sus actos
 de la severidad que ahoga al mundo.
 Sí, yo soy la elegida por el Mal,
 y mi cabeza cortada acompañará la soledad
 del hombre verdaderamente libre,
 para que todos vosotros podáis vivir sin libertad.
 Oye Ted, cuando me cortes la cabeza
 quiero que te quedes unos segundos en completo silencio
 para que yo pueda escuchar
 cómo gotea mi propia sangre en el suelo.
 Llévame a las montañas, Ted, llévame a las montañas.
 ¿Qué importa una persona menos sobre la faz del planeta?
 Verdaderamente, ¿qué importa?
 ¿Para qué mierda quiero ya mi cabeza?
 ¿Por qué no puedo ser tu víctima prometida?
 ¿Acaso no irradio suficiente vulnerabilidad?
 ¿No ves que estoy deseando ser lastimada?
 ¿No hueles el miedo que me empuja hacia ti?
 ¿No ves que mi terror y mi desesperación
 te lo piden a gritos,
 que mi debilidad te ha reconocido y te reclama?
 ¡No siento nada en el paraíso!
 ¡De verdad, Ted, no siento nada!
 ¡Llévame a las montañas, Ted,
 llévame a las montañas cuanto antes!

3. Si alguien me violara después de muerta
 Si al menos alguien se excitara mirando mi cadáver,
 cuando mi cadáver ya no pueda escribir que he muerto,
 si un tipo me viera muerta y se fijara en mis muslos,
 y tuviera que ocultar su erección,
 una erección mayor
 que la que ninguna mujer con vida puede provocar,
 si alguien se excitara frente a mi cadáver,
 y se atreviera a violar mi cadáver,
 metiéndome los dedos por el culo y por el coño,
 separando mis labios y mis dientes con la polla,
 apretando mis tetas y mis nalgas,
 haciendo todo eso con verdadero deseo,
 temblando, sudando y gimiendo,
 si después de muerta alguien me deseara
 y sintiera la necesidad irrefrenable de darme la vuelta
 y eyaculara en mis intestinos,
 si alguien quisiera calentar mi cadáver con su esperma,
 Señor,
 si alguien quisiera calentar mi cadáver con su esperma,
 y darme por última vez un poco de calor,
 el calor que no me dieron en vida,
 corriéndose brutalmente en todos mis agujeros,
 y yo poder dar el placer que no pude dar en vida,
 entonces mi cuerpo se calentaría tanto
 que parecería que vuelvo a vivir,
 y mi carne al fin conocería el verdadero ardor.
 La muerte ya no sería contraria a la vida
 porque allí estaría Dios, allí,
 dentro de mi culo, de mi coño y de mi boca estaría Dios,
 en completo silencio, adorable,
 convertido en torrente de semen

y convertida yo en Diosa.
 ¿Quién habrá negado a los hombres
 esta última oportunidad de resurrección?
 Y después del hecho sublime,
 después de la sublime violación,
 siendo por una vez mi cuerpo
 el centro del problema de la Belleza,
 siendo los violadores de cadáveres ya santos,
 las células boxearán con los planetas,
 y en mis funerales encenderán todas las velas
 y todas las antorchas
 y hasta a un mar de aceite le prenderán fuego,
 pero ni siquiera las llamas más altas alumbrarán
 porque una vez enterrado mi cuerpo
 de mi vientre nacerá un niño de fuego
 que habrá crecido en el interior de mi cadáver
 dentro de la sepultura,
 porque allí estuvo Dios, allí,
 en la sala de autopsias estuvo Dios,
 dentro de mi culo, de mi coño y de mi boca estuvo Dios,
 porque los dolores

siempre quedan vivos dentro de las tumbas,
y ese niño romperá la piedra del sepulcro para salir,
y correrá y correrá y correrá envuelto en llamas
hasta prenderle fuego al mundo y reducirlo a cenizas,
invirtiendo el Génesis para siempre,
y así devolver el mundo al principio,
para que yo pueda regalarte el principio del mundo,
los susurros del universo, el canto,
después de la Gran Explosión llegó el canto,
las ondas de los instantes más violentos de la Creación,
para que yo pueda regalarte el Amor,
el Amor,

que es anterior a la vida,
anterior a la materia,
anterior al esperma,
y nada entiende el Amor de la virtud, ¿verdad?

Si alguien hiciera todo eso con mi cadáver,
 si alguien me violara después de muerta,
 entonces, no hubiera sido una vida arrojada a la basura.

4. Solo gli uomini sono belli fino alla fine dei loro giorni

Solo los hombres son hermosos hasta el final de sus días.
 Sin embargo no hay mujer que sea bella al envejecer,
 como si ese privilegio que han poseído de niñas,
 ese inmenso poder para mortificar los deseos de los hombres,
 ahora se revolviera contra ellas con el paso del tiempo,
 a causa de sus verdaderos sentimientos femeninos,
 porque las mujeres envejecen sin excepción
 como si germinase en un solo instante
 toda la ruindad agazapada en el interior de sus almas,
 su auténtica naturaleza,
 toda su bajeza, su roña y su malicia,
 los nervios envenenados de sus genitales,
 los fluidos agrios

con los que martirizaron y agobiaron al mundo,
 una vida dedicada a amargar a los demás
 con el triunfo de sus enfermedades,
 y la nauseabunda compasión por sí mismas,
 y la imposición de su ansiedad,
 y la imposición de sus extorsiones sentimentales,
 correveidiles de psiquiatras y de abogados,
 con la iniquidad testificando en sus rostros.

Y cuando ya son feas y viejas sin remedio,
 recién cumplida la cuarentena,
 algunas gaviotas recién cumplidos los venticinco,
 heroínas de vaginas marchitas,
 apestando a perfumes para camuflar el olor a meados,
 es decir, para camuflar su perfidia,
 (siempre una manchita perfecta de orín
 en sus bragas y en sus faldas y en sus pantalones,
 señalando ese pesebre de malos olores
 que se macera en la parte inferior de sus cuerpos,
 por acabar siempre sus nalgas bien salpicadas
 al sentarse o agacharse como ranas para mear,
 reencontrándose así con su verdadero aroma,
 el ácido corrosivo de sus escuetas meninges)
 fósiles polvorientos,
 espantajos medio calvos,
 incalificables sacos de patatas,
 pulpas tumefactas,
 físicos que pasarían desapercibidos
 si no fuera porque representan la encarnación espectacular
 de su torcida constitución espiritual,
 cuando ya no pueden inflamar el deseo de un hombre,
 cuando ya no pueden inflamar el anhelo de Ted Bundy,
 sólo les resta ufanarse de una inteligencia
 que nunca tuvieron y que nunca tendrán,
 compensando la falta de pensamiento con la villanía,
 muestras vivientes de cortedad insuperable
 y de sombría estupidez,
 recipientes de esfuerzo sin fruto,
 reivindicando como mérito incluso la labor más exigua,
 porque para ellas todo significa ahínco, sudor
 y abnegación,
 pendiente de ser aplaudido y elogiado,

envanecidas por el esfuerzo del parto,
 como si parir fuera el pasaporte universal
 de todos los esfuerzos universales,
 el esfuerzo de los esfuerzos,
 reclamando incluso una ovación
 por defecar con regularidad,
 (no hay grandeza alguna en empujar),
 y al final del torbellino neurótico,
 presentando un listado de pruebas de sus tareas ciclópeas,
 se vuelven expertas en culpar a los demás,
 haciéndoles responsables del fracaso de sus vidas,
 y de sus propios errores, y de su propia incapacidad,
 convencidas de una superioridad proporcional
 a la grasa que deforma sus posaderas hiperbólicas,
 convirtiendo su mezquindad en ley y la ley en su obsesión,
 en lo único que da sentido a su memez.
 Una vez cumplidos los años suficientes,
 asquerosas, dañinas, tozudas y sabihondas necias,
 chismosas, entrometidas y embusteras,
 (nadie miente más que una mujer),
 mamarrachos,
 encastilladas en su flujo genital de maledicencia,
 bañadas en sus propios gargajos odiosos,
 monomaníacas y acosadoras,
 eternas malhumoradas sin absolución posible,
 impotentes frente a la falta de amor,
 impotentes frente a la poesía y la verdadera inteligencia,
 impotentes frente al ímpetu,
 brillo, nobleza, fuerza y valor de los hombres,
 carcomidas por el deseo no saciado
 (siendo las celulíticas más atrevidas y aburguesadas,
 las que antes se precipitan a la conquista
 de «la polla negra»,

estableciendo un nuevo y moderno modelo de colonización, que anima incluso a las más añosas y las más activistas a exigir un complemento de verdadero amor a cambio del precio del rendimiento transaccional, llegando a sentirse las muy fatuas y mamelucas, traicionadas sentimentalmente por los glandes alquilados en este mercadillo africano de rebajas de la pasión, donde las faraonas seniles, simias, babazas y paquidermos, reivindicando el derecho a las mismas erecciones que sólo las hembras hermosas y turgentes pueden provocar), entonces, cumplidos ya los años suficientes, y convertidas sin remedio en monigotes decrepitos, tratando de imponer el Derecho sobre la Fuerza de la Naturaleza, celosas siempre de las veinteañeras jugosas y follables, que un día no muy lejano se convertirán a su vez en monigotes decrepitos, sólo les queda el ejercicio de la traición y la rapia calculada, la mentira, el chantaje, la denuncia y la frialdad, sólo les queda la mocosa indemnización de alguna ventaja material, sin mostrar más sentimientos que los que tienen que ver con ellas mismas, como si se lamieran su propio coño tóxico, y se les bifurcara la lengua en dos para poder meterla al mismo tiempo en su propio coño tóxico y en su propio ano temblón. Podrían ir montadas sobre el palo de una escoba, la unión de las brujas nace de la frustración,

sin mayor opción que hacinarse las unas junto a las otras, en el aquelarre femenino de la tontería y la ignominia, (siempre mujeres antes que seres humanos, por sentirse ellas ajenas a las taras de los seres humanos y a las debilidades de los seres humanos, superiores, como si hubieran nacido de la probeta impoluta de la rigidez y la excelencia, el pináculo del desarrollo, coños emperador, y por tanto inhumanas, sin alma, «no hay ser humano más despreciable que aquel que no es capaz de despreciarse a sí mismo»), y así escuchar del labio arrugado de sus iguales inhumanas lo buenas y lo extraordinarias que son, cuando ya no les queda nada de extraordinario, si es que alguna vez lo tuvieron, y ni a una rata inmunda se le pasaría por la cabeza pensar que aquellas bobas amorfas que parlotean sin pausa, y que se autoayudan sin pausa, y que se autoengañan sin pausa, y que se enaltecen a sí mismas sin pausa, propagandistas sin pausa, sin más criterio que apreciar virtudes y valía donde no las hay, ni una rata inmunda, digo, podría llegar a pensar, que aquellas engréidas impertinentes pertenecen al mundo de lo mirífico, lo fascinante y lo prodigioso, porque sólo las deliciosas jóvenes, bellas y destructoras, que despertaron el deseo enloquecido de libertad de Ted Bundy

con el fulgor angelical de un cuerpo celeste sólo aquellas ninfas pertenecían al mundo de lo maravilloso, porque es preciso ser muy bella y muy joven para despertar el deseo enloquecido de libertad de un hombre, y condenarlo.

Y todo ese conjunto de vileza femenina que la piel exuda una vez cumplidos los años suficientes, desfigurando el rostro de las mujeres

hasta desenterrar la mueca de asco que siempre tuvieron oculta en sus miserables corazones, toda esa hiel comparable al veneno

de los reptiles más vomitivos, toda esa obsesión por las amenazas y las demandas, murmuradoras, tramposas, manipuladoras y fariseas, toda esa pequeñez

transformada en prepotencia y vituperio, porque de lo contrario no podrían sobrevivir a su enanismo, toda esa insignificancia irremediable, toda esa suspicacia sarnosa capaz de purgar a un cerdo, coñazos purgantes, más suspicaces cuanto más orgullosas y soberbias, más orgullosas y soberbias cuanto más absurdas

y más ineptas, en fin, todo ese tonel de egoísmo enfermo y de pútrido engaño femenino es la fealdad.

La fealdad.

Y es justo que nadie las ame.

Y deseé marcharme a un planeta que estuviera habitado sólo por hombres, ni una mujer,

*vivir en un planeta sólo de hombres,
hombres a los que adorar,
hombres voladores,
porque los hombres son las columnas que sostienen el cielo.
Y correr como una niña de un hombre a otro hombre,
abrazándome con fuerza a su cintura,
midiendo ellos dos metros de héroe,
tres metros de nobleza,
cuatro metros de inocencia,
cinco metros de inteligencia,
y decirles, quiero vivir contigo,
porque tú eres mi Medea, mi Anna Karenina
y mi Emma Bovary,
sólo un hombre como tú*

*puede lucir esos vestidos y esos brocados,
quiero que mis mujeres las interpreten los hombres,
porque sólo un hombre puede derramar verdaderas lágrimas,
como Eurípides, como tú, como Tolstói, como Flaubert,
Medea, Anna y Emma no son más que hombres, amor mío,
hombres, hombres como tú,
y cuanto más se acrecienta mi soledad,
más me parece que no les merezco,
a los hombres,
ni merezco compartir su reino
ni merezco mirar las volutas de sus capiteles,
y más desprecio a todas las mujeres.*

quién sabe cuántas noches más de horror nos esperan,
 quién sabe cuántos cuerpos despedazados
 a causa de mi abatimiento,
 quién sabe cuántos cadáveres
 saliendo a través de los labios de mi herida,
 porque lo que hago, no lo entiendo,
 pues no hago lo que quiero,
 sino lo que aborrezco, eso hago,
 y mi boca se abreva de sangre negra.

5. Carta de San Pablo a los romanos

- ¹⁵ *No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco.*
- ¹⁶ *Ahora bien, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo en que la ley es buena;*
- ¹⁷ *pero, en ese caso, ya no soy yo quien lo lleva a cabo sino el pecado que habita en mí.*
- ¹⁸ *Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo.*
- ¹⁹ *De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero.*
- ²⁰ *Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace sino el pecado que habita en mí.*
- ²¹ *Así que descubro esta ley: que cuando quiero hacer el bien, me acompaña el mal.*
- ²² *Porque en lo íntimo de mi ser me deleito en la ley de Dios;*
- ²³ *pero me doy cuenta de que en los miembros de mi cuerpo hay otra ley, que es la ley del pecado. Esta ley lucha contra la ley de mi mente, y me tiene cautivo.*

²⁴ *¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?»*

Por mi parte me siento absolutamente avasallada,
 en mitad de este sembrado de efectos devastadores,
 y es mejor que me encierre todo el tiempo,
 como el loco en la torre del ebanista.
 No puedo seguir soportando esta combustión eterna.
 No logro reunir las fuerzas suficientes
 para seguir luchando bajo las tormentas de Dios.
 Tienes demasiado poder.
 Como un *serial killer* al que no logran descubrir,
 o más bien al que ni siquiera persiguen.
 Un artista impoluto con las manos de un asesino.
 Así es tu elegante armonía.
 Pero mi única majestad es la penuria.

6. Jeffrey Dhamer

El terror absoluto
 es capaz de librarnos de todos los miedos.
 La oscuridad omnipotente todo lo ilumina.
 Gracias a la sangre humana vertida en París,
 la noche del 13 de noviembre de 2015 en París,
 gracias a la sangre real, a la violencia real,
 he recuperado la lucidez y el valor
 para enfrentarme a la verdad,
 para describir la porquería,
 la erisipela mortal en la que me hallo sumida.
 Me han obligado a agacharme
 hasta tocar el cieno con la frente.
 Será porque procedo de la mugre.

Entonces, a la mugre regreso.
 He estado subsistiendo algunos años
 fuera de mi elemento,
 fuera de los corrales sin pan,
 plagados de moscas y de pulgas,
 donde mi abuelo ahorcaba a los perros,
 ahogaba camadas enteras de gatos,
 azotaba a las mulas,
 pateaba a las cabras
 le retorció el cuello a las gallinas,
 y degollaba a los cerdos,
 allí donde los animales no eran los dueños de la Creación,
 allí donde yo misma enterraba crías vivas de conejo
 para desenterrarlas más tarde
 y contemplarlas devoradas por los gusanos,
 el fabuloso espectáculo de la putrefacción,
 melliza de Jeffrey Dhamer, como él,
 yo también quería ver a los animales por dentro,
 allí donde yo misma
 abrasaba el culo de las gallinas con hierros ardiendo
 y ahogaba crías de pavo en cubos llenos agua,
 allí donde yo misma
 lavaba las tripas calientes recién arrancadas de los cerdos,
 y allí donde mis padres
 abandonaban a todos los perros que me regalaban,
 me los regalaban y después los abandonaban,
 me los regalaban y después los abandonaban,
 los perros que inmediatamente se llenaban de sarna,
 y era penoso ver cubierto de costras sangrantes
 el lomo del perro al que habías amado,
 y allí donde verdaderamente eras atacado
 por perros enfermos de rabia,
 y tenías que defenderte arrojándoles piedras,

y después de cagar te limpiabas el culo con las mismas piedras
 que luego quedaban embadurnadas de excrementos
 por el camino,
 allí donde las ratas pardas corrían por debajo de las camas
 y se metían en la cuna de los niños,
 y reventaban envenenadas al lado de los orinales,
 y cuando te agachabas a coger el orinal para mear
 te las encontrabas muertas y tías debajo del catre,
 allí donde el veneno de los escorpiones causaba gangrenas
 y los campesinos volvían amputados de los hospitales,
 allí donde todos los veranos se suicidaban personas
 arrojándose a los pozos,
 y allí donde ululaban retrasados mentales por todas partes,
 al mismo tiempo violadores y violados, los retrasados,
 según las necesidades.
 Unas veces violaban.
 Y otras veces eran violados.
 Cuando el gordo del pueblo se llevaba a mi tío, el retrasado,
 para violarlo,
 mi tío volvía del campo serio, triste y muy serio,
 y al sentarse en la silla notábamos que le dolía el ano,
 pero al poco tiempo el gordo del pueblo
 se lo llevaba al campo para violarlo otra vez.
 Cuando pensaban que mi tío, el retrasado,
 me había llevado hasta la cruz de piedra para violarme,
 le examinaban la polla y le daban una paliza,
 y mi tío gritaba y se le saltaban las lágrimas.
 Era tanta la ignorancia y la malignidad,
 estaba tan anclado el retraso en la raíz del alma,
 que una vez confundieron el clítoris de una niña
 con un pene.
 Trajeron a varias zarrapastrosas en secreto hasta el corral
 para realizar las correspondientes comparaciones,

un día le hurgaron tanto en la vagina a una niña que casi se la arrancan.
 Para sobrevivir a la brutalidad natural no encontré mejor solución que desviarme hacia lo divino. Vosotros seguramente os sentís muy orgullosos de no haber creído nunca en Dios. Os sentís muy orgullosos de no haber necesitado nunca a Dios. Pero yo sí, yo sí necesitaba a Dios, yo sí necesitaba desviarme hacia lo divino. Porque la segunda opción era mejorar la barbarie. Aventajar el retraso. Hacerme pasar por retrasada. Para sobrevivir a los retrasados hacerme pasar por retrasada. De la misma manera que hoy para sobrevivir a los imbéciles me hago pasar por imbécil delante de los imbéciles. Todo ocurría en el campo, en mitad de esa naturaleza a la que los poetas cantan como fuente de inspiración y de revelaciones, esa naturaleza que reparte sus extraordinarios dones entre todos los hijos del Edén. Ni llevábamos corderos blanquísimos en los brazos, ni adornábamos con flores la cerviz de los terneros, y las únicas coronas se pudrían en los osarios de los putos cementerios. Allí violaban a los retrasados y los retrasados violaban, en el Estado Ideal de la Creación, en el magnífico jardín de las delicias donde todos los retrasados eran buenos,

como adanes inocentes en el paraíso, violadores o no. En el lugar de donde yo vengo, no existe la palabra, ni el dilema de la palabra, ni una concepción del mundo en función de la palabra o la no palabra. Simplemente los niños crecíamos entre retrasados mentales y analfabetos, personas malas que sólo rumiaban la manera de joderse los unos a los otros, crecíamos entre bocios, enanismo y monstruosidad, la mierda de nuestros orinales se mezclaba con la mierda de las bestias, lo mismo se metía la polla en el culo de una persona que en el culo de un animal transmitiendo a partes iguales enfermedades de personas y de animales, herpes en carne viva que empeoraban con las pócimas recetadas por los curanderos, un poco menos retrasados que los retrasados, los curanderos, es decir, más atentos al óxido de las monedas, más avaros. Y tal vez es ahí a donde debo regresar, tal vez solamente me siento segura en mitad de esta septicemia con la que entré al mundo rodeada de gente ignorante, estúpida, avara, bajuna, fea, fea, fea, fea, fea, fea, fea, fea, fea.

y abusadora.
 Es decir, rodeada de TODO AQUELLO QUE NO ERES TÚ.
 Porque esta mucosidad herrumbrosa de individuos
 pegados a mi voluntad,
 este nido de sanguijuelas resentidas, desagradecidas,
 egoístas y mediocres a las que alimento
 son precisamente LO OPUESTO A TI.
 Son lo opuesto a todo cuanto amo y admiro.
 No son geniales,
 ni brillantes,
 ni inteligentes,
 ni generosos,
 ni hermosos.
 Son la deformidad bulbosa
 que adultera todo cuanto amo y admiro.
 Y no encuentro el norte de lo bueno y lo bello,
 imantada por todo aquello
 que más daño me ha hecho en la vida
 hasta el punto de atraerlo de nuevo hacia mí,
 hasta el punto de crear una auténtica pocilga de seres humanos,
 reproduciendo la porqueriza de mis abuelos,
 rodeándome de gente a la que realmente detesto
 con el fin de atraer de nuevo la desgracia hacia mí
 y regresar al seno impuro del que nunca debí salir,
 como el asesino que aborrece asesinar,
 como el boxeador que sueña con ser pianista,
 cualquier esfuerzo por huir de la fatalidad se frustra
 sin remedio,
 no se puede escapar del origen,
 NO SE PUEDE ESCAPAR DEL ORIGEN,
 el origen es un gigante de moscas negras
 que nos persigue infatigable a todas horas.
 Y tal vez es ahí a donde debo regresar.

Tal vez debo regresar a ese agujero del mundo
 donde yo soñaba con caníbales japoneses,
 cultos y sensibles,
 que se comían a las chicas cultas, bellas y sensibles de París.
 Para una niña criada por retrasados,
 acunada por retrasados,
 untada en las babas

de los besuqueos mezquinos de los retrasados,
 para una niña que sólo buscaba la compañía
 de niños deformes y retrasados,
 para una niña que nació del coño de una retrasada,
 de una retrasada mala y universal,
 que es como haber nacido del coño
 de todas las putas mujeres del mundo,
 la única escapatoria posible de aquel cotolengo mísero,
 de aquellas arenas movedizas que me engullían,
 era soñar con París,
 SOÑAR CON PARÍS,
 SOÑAR CON PARÍS,
 Y HABLAR CON DIOS,
 Y HABLAR CON DIOS.
 Lo soñaba durante la siesta,
 entre moscas, pulgas y garrapatas.
 Yo tenía 15 años
 cuando el caníbal japonés se comió a una chica en París.
 Mi padre rompió la revista donde yo leía y releía
 la historia del caníbal japonés
 que se comió a una chica en París.
 Después de leer la extraordinaria noticia
 ya siempre soñé con marcharme a estudiar a París.
 Pero esto lo escribo en Tokio,
 porque vine a Tokio llorando desde París,
 después de la matanza del 13 de noviembre en París

buscando al caníbal japonés.
 Pero no quiero que me coman en Tokio,
 quiero que me coman en París.

7. Talar

Y ahora mismo estoy de nuevo más cerca del fango,
 chapoteando en el lodazal de idiotas que tengo al lado,
 ruidosos, desleales, avaros y aburridos,
 (no hay nada más aburrido que la diversión),
 esa roña de egoístas cicateros,
 pegados a mi infinito esfuerzo,
 a mis ganas de morir,
 a la angustia que me produce el problema de la Belleza,
 chinches irritantes,
 moscones y mosquitas muertas
 convertidas de pronto en reinas de la voracidad,
 malintencionadas y calculadoras,
 recién nacidas y ya vetustas,
 perdido el encanto primigenio para siempre,
 a veces en cuestión de meses,
 (quizá en vez de inocencia era estrategia,
 disimulo, artificio y embozo),
 GAVIOTAS chejovianas,
 carnívoras, carniceras y carroñeras,
 desenfrenadas y ansiosas,
 inconscientes todavía
 de que no hacen más que repetir el lugar común,
 la misma historia,
 una carrera que no tiene otro final
 que el terco e inapelable fracaso de la vida misma,
 almas sinópticas y estadísticas

con el cerebro girado súbitamente por la ambición y la envidia,
 siendo la ambición y la envidia
 lo que perfecciona su ya perfecta frialdad,
 aspirantes en su conjunto,
 gaviotos y gaviotas,
 al triunfo o a la tontería,
 disfrazados con todo tipo de salsas,
 barateros que no te regalarán un abrazo
 sin antes haber reclamado un certificado de empresa,
 en vez de corazón les late un contrato,
 les late la profesionalidad,
 corredores vertiginosos del canódromo laboral,
 (ignorando que el señuelo con forma de liebre
 es simplemente un trazo mecánico y nada más),
 sultanes del bufido, el gruñido y el resoplido,
 sin medida de la verdadera importancia de las cosas,
 de la verdadera belleza de las cosas,
 discutiendo de «realidades», «realidades»,
 «en la vida sólo son necesarias las realidades»,
 cuando en el escenario se está produciendo un sacrificio colosal,
 la decapitación de una res sagrada,
 una evacuación de verdaderas entrañas,
 un túmulo monumental,
 desprendimiento, inmolación o expiación,
 ante los ojos de un Dios antiguo
 que todo lo bendice y todo lo ve,
 para escarnio de estos mezquinos sin remisión,
 emparedados en sus obtusas mentes,
 lentos y tiesos de cochambre interior,
 inflados como globos por la cortisona del egoísmo
 un egoísmo fatigoso y desvergonzado,
 en vez de guerreros de la Belleza
 sanguijuelas de la Belleza,